



## El legado de un líder

Hay momentos en la existencia en que pareciera que todo es oscuridad. No sólo porque las cosas generales uno las siente malas, sino porque a veces tocan en lo íntimo de los sentimientos cuando viene a reparar que, contra toda lógica, un amigo querido nos ha abandonado para siempre.

Los amigos se hacen de muchas maneras. A veces se forjan en la intimidad de los hogares, en los cuales se cimentan vínculos que no trascienden más allá que de las personas. Otras, en el trabajo diario, o en la profesión, como producto de la obra en común emprendida con ilusionado esfuerzo y con afecto. En otras, la amistad se funda en una identificación espiritual profunda, en un saberse partícipes de las mismas convicciones, en un caminar juntos por un sendero en la búsqueda de similares objetivos.

Este último tipo de amistad nos unió a Claudio Orrego Vicuña que, hasta poco antes de su prematura e inexplicable muerte, era columnista de HOY. Aquí tenía plena libertad para opinar, pero él poseía una poca frecuente humildad que le hacía someterse a ciertas normas con una risa contagiosa y con una optimista visión de futuro. Aceptaba la crítica no sólo de buena gana, sino con gratitud, y se satisfacía en saber que otros pudieran pensar de manera diferente a la suya con absoluta autonomía y sin temor. "Así como si estuviésemos en la vieja república", nos decía en medio de una carcajada iluminante.

El creía en la democracia como esos antiguos tribunos que hicieron grande a este país. Y a pesar de tener apenas 42 años, mostraba una madurez intelectual que provocaba la sana envidia de cuantos le conocimos y quisimos. Prolífero autor de unos 40 libros, todos macizos documentos de un pensamiento afinado y testimonios de una esperanza consoladora de un mañana de hermandad y solidaridad, Orrego fue maestro de juventudes siendo él muy joven; y un ejemplo de lo que fueron en Chile los políticos tan vilipendiados: exponente de consecuencia, apasionado por sus ideas, respetuoso por las ajenas, un auténtico servidor público, absolutamente desinteresado por las ganancias materiales.

Hay que ser muy cristiano para conformarse por su partida. Hay que creer que la otra vida es superior a la terrenal para entender que, en medio del dolor, debería haber alegría. Hay que poseer una gran dosis de fe, para imaginarse a quienes uno ama gozando de la eternidad, y alcanzando con ello la verdadera felicidad.

Ello no obsta para que, los que miramos el hecho como una pérdida lamentable, y sentimos que la ausencia de Claudio nos dejará más solos aún, lloremos su deceso.

Sin embargo, ha quedado su pensamiento, están vivas sus ideas, y sobre todo, está vigente su esperanza de que Chile sea capaz de encontrar el camino de la reconciliación, del amor y del perdón. Estas convicciones tan arraigadas en el político cristiano que acaba de fallecer debieran encarnarse en quienes le sobreviven abrazando su misma causa. La semilla sembrada tiene que rendir frutos. Porque no fue en vano que Claudio aró la tierra ni la enriqueció con el fertilizante continuo de su talento y de su amor.

Este joven repúblico nos ha dejado un legado. Y no deberíamos olvidarlo. Prueba de la extensión que su palabra alcanzó es que fueron a acompañarlo hasta su última morada gentes de todos los sectores, no sólo sus camaradas de partido, sino chilenos que, con distinta filosofía de la vida, piensan que el mañana debemos empezar a construir con una gran entrega personal, sin odios ni rencores, y más convencidos que nunca de que no hay patria de hermanos sino en un régimen de democracia y de libertad, de amor y de justicia, de comprensión y de solidaridad.

HOY no podrá publicar más sus periódicos comentarios. Pero los que aquí quedamos tendremos siempre muy en cuenta el espíritu que animaba su palabra, la bondad de su corazón, el coraje de su lucha, la franqueza y lealtad de sus actuaciones.

Incluso en el desacuerdo táctico o en la divergencia exponencial, el encuentro con Claudio Orrego Vicuña era siempre posible. ¿Cómo no aspirar a que justamente ese camino de comprensión se haga más patente cuando parecen ahora tan difíciles las confluencias?